



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS DIBUJANTES
RAMÓN ESCALER



Lit. F. Fernandez Feijoo 3.

Yo se que es una buena persona
y que trabaja con lucimiento.
Pueden dar pruebas de su talento
los semanarios de Barcelona.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—La niña de la fuente, por José Estramera.—La paz de la aldea, por Juan Pérez Zúñiga.—Inscripción, por Frey Covad.—Después del estreno, por Simón Delgado.—Coquetearias íntimas, por Eduardo de Palacio.—Misericordias, por Ramón Caballero.—Cuadro tercero, por Cayetano Trívigo.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Ramón Escaler.—El ganso inoportuno.—El colmo de la broma, por Cilla.



(DESDE VIGO)

Tenemos aquí una fragata de la marina imperial rusa y otras tres que forman la escuadra italiana, al mando de un almirante acabado en *inf*.

Esto viene á imprimir gran animación al puerto, proporcionando á los bañistas distracciones nuevas, porque hay hombre que no había visto más rusos que los que se venden por el invierno en el bazar del *Águila* á noventa reales, con cuello de astracán y bocamangas de pelleja.

Los marinos rusos son personas muy amables, aunque feas, y reciben en el barco á los españoles con marcadas muestras de satisfacción. En cuanto ven á uno, ya le están ofreciendo tazas de té con rajás de limón, para que sude.

Yo visité el barco en compañía de unas señoritas muy guapas y de unos cuantos jóvenes que no hicieron más que probar el té y rompieron á sudar, como si les hubiesen colocado una cocinilla portátil en la boca del estómago.

Uno de ellos decía á su novia, todo acongojado:

—¡Ay! Yo me líquido. Siento algo así como si me hubieran envuelto el cutis en algodón en rama.

—Procura ventilarte—decía ella.

Pero el joven no osaba rechazar el agasajo ruso, y seguía tomando té en un rincón, hasta que compadecido de él un marinero, le llevó al puente para que se secara.

Mientras los rusos y las señoritas se entregaban al baile vertiginoso, las señoras mayores departían armoniosamente en la cámara.

—Estos rusos son muy simpáticos—decía una.

—Y muy amantes del sebo—añadía otra.—El mayor obsequio que se les puede hacer, es regalarles una libra de velas.

Entre la oficialidad de á bordo figura un sacerdote cismático griego, que usa enaguas negras de merinillo y sombrero de copa para andar por casa.

—¿No baila usted?—le preguntó uno de los visitantes.

—No, señor—dijo él.—Yo estoy encargado solamente de la cura de almas. Y del asco de la tripulación.

—¿Es usted sacerdote?

—Sí, señor; sacerdote y pedicuro.

Un caballero de Navalmoral de la Mata, que está aquí veraneando con una sobrina y dos perros, se acercó á un oficial y estuvo oliéndola durante un buen rato.

—¿Sabe usted lo que noto?—vino á decirme.

—¿Qué?

—Que este oficial no es de piel de Rusia legítima.

—¿En qué se funda usted?

—En que no huele.

Abordo de la fragata viene el hijo segundo del emperador en clase de oficial, pero no hemos tenido el honor de besar su mano, ni de verle el pelo. Su Alteza permanece en su camarote, oculto á las miradas de los simples mortales.

—¿Qué hace el príncipe?—preguntamos á un guardia marina.

—Está lavándose los imperiales pies—nos contestó respetuosamente.

En estos puertos de mar siempre hay distracciones nuevas, y el hombre observador puede hacer estudios interesantísimos.

Entre la marinería hemos visto á un joven afeitado, que nos saludó con una sonrisa cariñosa.

—¿Qué ruso tan agraciado!—dijo el de Navalmoral.

—¡Ole ya!—contestó el aludido.

—¡Calle! ¿No es usted ruso?

—No, señor; yo soy de Cadix.

—¿Y qué hace usted aquí?

—Pues estoy en clase de costurera moscovita.

Un caballero de esta localidad, gran político, que ama á la fusión como si le hubiera dado el ser y siempre le está enviando merluzas á Sagasta, decía al comandante del buque:

—Ya sabrá usted que D. Venancio está en Mondariz: si á usted le parece, podemos decirselo al hijo del Czar, que se alegrará muchísimo.

Al dejar el buque nos decía con profundo pesar:

—¡Después dicen que los rusos son ilustrados! ¿Quiere usted creer que no saben quien es Mansi?

* *

El de Navalmoral, que anda viendo si puede casar á la sobrina, suele dar comidas en la fonda donde reside, y hay aquí unos cuantos jóvenes que se nutren á su costa.

Aun ayer convidó á uno que tiene el estómago lo mismo que una sombrerera de las grandes, y mientras comía le estuvo ponderando el mérito de la muchacha.

—Es un ángel—le decía,—pero en Navalmoral no conocen su mérito y la pobre se consume, porque tiene mucho amor propio. Aquí le ha salido un novio, pero le hemos dado pasaporte al momento: era un hombre sin educación y sin nada; el primer día de relaciones me pidió prestado un chaquet, á pretexto de que se le había muerto una cuñada; después resultó que no tiene familia ni ropa, y que ha sido municipal suplente.

La chica se enjugaba los ojos con la servilleta, y el tío acabó por coger al convidado entre dos puertas y decirle terminantemente:

—Mire usted: lo que yo quiero es casar á la chica, antes de que se consuma del todo, y quiere decir que le señalo á usted un sueldo de cuatro pesetas, porque yo así no puedo estar, ni ella tampoco.

En vista de lo ocurrido, se dice por aquí que va á haber boda, y con ésta serán cinco ó seis las forasteras que se han casado con jóvenes de la localidad. El año último quedaron aquí, presas en las redes del amor, dos chicas manchegas, una de las cuales se casó el 1.º de Octubre y se tiró de cabeza al mar el 12 de Noviembre, por no poder resistir á su esposo, que es tartamudo y además tiene el vicio de la embriaguez; se embriaga con todo: con aguardiente, con vino blanco, con cocimiento de malvabisco. Como tiene dentro la madre, no hace más que beber un líquido cualquiera y bailar enseguida un zapateado, y con el movimiento se le revuelve el líquido, dando lugar á la borrachera más horrible que registra la historia.

¡Oh! ¡Qué viciosa y qué desenfrenada es esta juventud!

Hay aquí algún joven que juega á la brisca, bebe, fuma y le pega á la madre; y no contento con esto, suele seducir criadas de servicio, regalándolas alfilereros, fruta y otras precesas.

¡Después hablan de la vida morigerada de las ciudades chicas! La inmoralidad se enseorea del mundo, y lo mismo aquí que en Varsovia, el hombre es pecaminoso y grosero!

Hace pocos días huyó del hogar doméstico un joven perteneciente á una de las principales familias de esta localidad, llevándose una doncella y una flauta de siete llaves. La policía hizo toda clase de averiguaciones, y al fin vino en conocimiento de que el joven y su víctima se hallaban en Pontevedra, dedicados al comercio de quincalla, y que á él le habían hecho diputado provincial unos amigos para que se distrajera y tuviese lo necesario.

Hay que convenir en que la inmoralidad cunde.

LUIS TABOADA.

LA NINFA DE LA FUENTE

He venido á Mondariz como mucha gente viene, por esta fuente, que tiene gran virtud medicatriz. Por verme libre de mal, venía yo con la idea de decir á la crenea ó ninfa del manantial: «Deidad, como tú me saques de este país encantado completamente curado de mis molestos achaques, cantaré á tu fuente y monte diezranbos infinitos que han de dejar tamañitos á Pindaro y Anacreonte.» Porque yo pensaba ver al lado del manantial una ninfa virginal que me diera de beber de su preciado tesoro, del agua dulce y serena, con su mano de arceana, en cocheta de nácar y oro.

Y aunque, entre muchos primores, en este sitio he encontrado

un paraíso encantado lleno de plantas y flores, y caprichosos verjeles y de umbrías deliciosas que alegran las mariposas y perfuman los claveles, en vez de la ninfa, hallé que el vaso al enfermo entrega una robusta gallega, descalza de pierna y pie, que oíría, por consiguiente, frases de la goya ciencia con la misma indiferencia que el mormullo de la fuente.

A la noche me dormí, y tales cosas soñé, que creo que no podré pintarlas como las vi. Una mujer virginal, gentil, pudibunda, hermosa, me ofrecía en una rosa el agua del manantial.

Y al acercarme á beber, me echó los brazos al cuello y acercó su rostro bello á mis labios con placer,

diciéndome: «Ven y beber,
pero tiene más virtud
para darte la salud
mi seno de rosa y nieve.»
Bien se puede figurar
el lector menos sensible

Mondariz, Julio 1889.

que tendría una terrible
decepción al despertar.
Pero esto me dura el hechizo
de la niña encantadora,
porque, al ver á la aguadora,
me turba y me ruboriza.

JOSÉ ESTREMEKA.

LA PAZ DE LA ALDEA

Cansado ya de sufrir
con el eterno exigir
de aquella mujer sin par,
marché á mi aldea á vivir
tan sólo para eliviar.
¡Qué Paz aquélla, Dios mío!
Hizo suyo mi albedrío,
y además medio millón
que heredé una vez de un tío
muerto á coces en Chinichón.
Aunque chita la *señal*,
era una hermosa mujer;
mas tras de tanto deslíz,
el alma llegó á tener
lo mismo que la nariz.
Cubrí de alhajas y ropa
aquel corazón de estopa.
¡Bien la sacó Vital Aza,
no á escena, pero sí á plaza,
en su *Sembrero de copal*!
Dejé á Paz, siendo incapaz
de sostener competencia
con más de un joven procaz,
y pensé en la conveniencia
de hallar en mi pueblo paz.
En mi pueblo silencioso,
donde, antes de ir á la corte,
debí yo haberme hecho esposo
de otra Paz, de mejor porte
y corazón más hermoso.
Un día quise el destino
que realizase mi idea.
Tomé un *Wistek*, pan y vino,

luego el tren, luego un pollino....
y entré cantando en mi aldea.
Aunque sufrí los rigores
del calor, allí mis cuitas
olvidé y mis sinsabores,
haciendo sendas visitas
á las bodogas mejores.
Ante todo, fui ligero
á ver á mi dueño amado;
mas ¡oh trances duros y fieros!
la Paz se había fugado
con un peón caminero;
no porque ante la chiquilla
se le cayese á él la baba.
La causa fué más sencilla:
un lunar que él me gustaba
sobre la cuarta costilla.
Mucho con esto sufrí,
mas seguí viviendo allí,
regando mis arbolitos
y espantando los mosquitos
que se burlaban de mí.
¿Pensáis que me consoló
la paz de la aldea? No.
¡El diablo que en ella crea,
porque en la paz de la aldea
maldito si creo yo!
¡La paz, la paz! Noche y día
el hombre la busca en vano,
pues el bienestar que ansía
sólo está en la tumba fría.
¡Sobre todo en el verano!

JUAN PÉREZ ZÚSIGA.

INSOLACIÓN

(A VUELTA PLUMA)

Convengamos en que *Insolación* no es una gran novela, ni con mucho. Es más, en mi sentir humilde, es *poco* novela.

¿Quién duda que Doña Emilia Pardo Bazán es una estilista de primer orden? ¿Quién puede negarle talento vigoroso, eminentemente plástico, desenvoltura y bizarría de pluma, dotes observadoras, si bien no muy profundas, como advierte *Clarín*, y selecta y abundante cultura literaria? ¿Quién no se regocija con las descripciones vivas, exactas y pintorescas que traza su pluma cincelada, elegante y varonil? Pero ¿quién no reconoce asimismo que su genio analítico ahonda poco, sobre todo en lo que se refiere al mundo psicológico, y que su corazón no es muy sensible, que digamos?

En *Insolación* se admira la fuerza, corrección y desenfado del estilo que corre limpio y transparente, no sin afectación y tiesura en algunas páginas; el color encendido, la animación y precisión en los cuadros; la exactitud en la copia donosa de la charla truhanesca y disparatada de la gente del pueblo; el vigor de retina al reproducir los objetos con los propios colores de la realidad; pero en lo atañadero al alma de la novela, al pensar y obrar de los personajes, al curso dramático ó cómico de los incidentes, se ve que el temperamento de la autora no gusta, ni con cien leguas, de las inquisiciones subjetivas; que es más sensible á las impresiones externas que á los silenciosos llamamientos de la conciencia.

No hay en la novela una sola página que haga reflexionar ni que conmueva. *Insolación* es un cuento divertido, escrito con primor, en que se pone de relieve la ligereza de una viuda joven y guapa y la insulsez de un calavera de similior.

«No andemos con el sol por aquí y el calor por allá. Disculpas de mal pagador. Te falta hasta la excusa vulgar, la del carifúto y la pasioncilla...»

No es mal sastre el que conoce el paño. Yo, que no me asombro de nada, porque creo que el albedrío no sirve más que de esturbo, opino lo propio que la Taboada, cuyas son las palabras trascritas. La Taboada—según se pinta ella misma en un largo monólogo—ha sido hasta la presente una señora intachable, una perfecta viuda. Corriente. ¿Es verosímil—pregunto yo—que una

mujer de tan correcta conducta despierte un día y se vaya camino de la romería de San Isidro con un mozo á quien apenas conoce?—«Nada, chica; un pecado guardo en frío, sin circunstancias atenuantes y con ribetes de deslíz chabacano. ¡Te lucistela!—A confesión de partes...»

No traté Doña Emilia de disculpar á su *hermana* con los atractivos intelectuales de Pacheco—que no los tiene—y... los influjos del sol. Una mujer que dice á no oír, no trae tan fácilmente.

Créame Doña Emilia: en achaque de faldas soy una autoridad.

«Mi pasión ha recorrido
toda la escala social.»

y he tenido ocasión de estudiar á la mujer... en bata y en traje de baile. De que las hay, las hay. El busilis está en dar con ellas.

Convengamos en que la viudita es ligera de cascos como ella sola, y en que Pacheco tiene tanto de seductor como yo de obispo. ¡Valiente calavera, cuyas aventuras terminan en la Vicaría!

Una señora, lo que se llama una señora, no una *disfrasada* de señora—¡hay tantas que á la postre resultan unas tías!—no admite de buenas á primeras, y con ocasión de ir á la iglesia, la invitación de un hombre casi desconocido á una romería donde menudean los navajazos y las borracheras. ¿Qué amor religioso es ese que prefiere la *juerga* al *rezo*?

Apunte Nakens este dato para el estudio de la sinceridad religiosa en las mujeres. Verdad es que de la prostitución al misticismo, ó á la inversa, no hay más que un paso. Ejemplo: *Madame Bovary*.

Seamos francos: la Taboada no había delinquido antes (conste que para mí no son delitos estas *debilidades*) por falta de oportunidad, y en este supuesto, huelgan todos esos alardes de virtud berroqueña.

Doña Emilia es católica. No me meto á indagar si es ó no sincero su catolicismo. Es católica, ella lo dice. Doña Emilia cree en el libre albedrío, más ó menos atenuado por el *pecado original*.

¿Cómo, pues, que dicen en México, ha escogido como tesis, ó lo que sea, para su novela los influjos que ejerce el sol en un temperamento ardoroso?

La Taboada no ha obrado libremente: los rayos solares han tenido la culpa de todo. Determinismo ó fatalismo, no hay que darle vueltas.

Se me dirá que en una novela no debe exigirse al autor que sea fiel y consecuente con sus ideas, siempre y cuando no trate de pintarse á sí mismo. Ni aun así. A esta objeción contesto:

La novela de Doña Emilia es una novela impersonal, como *Salammbó*, de Maubert, pongo por caso? No. La autora se mezcla y confunde con los personajes á cada paso, y les arrebató la palabra.

De modo que, hasta cierto punto, cabe llamarla á capítulo y advertirla que se está poniendo en contradicción con sus teorías.

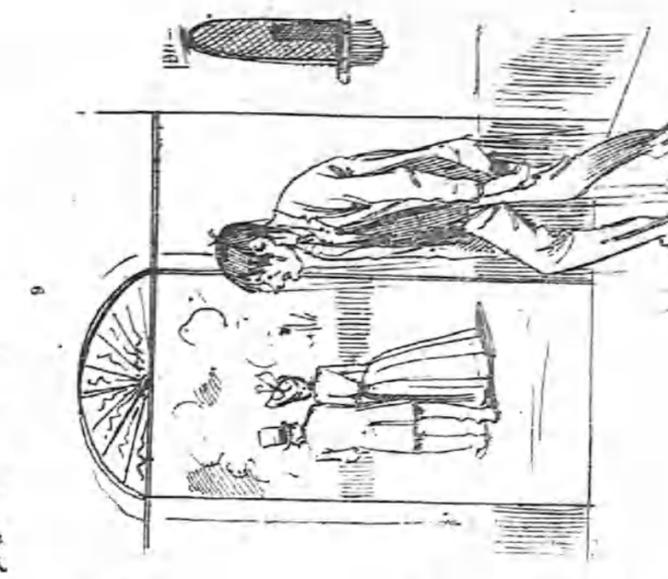
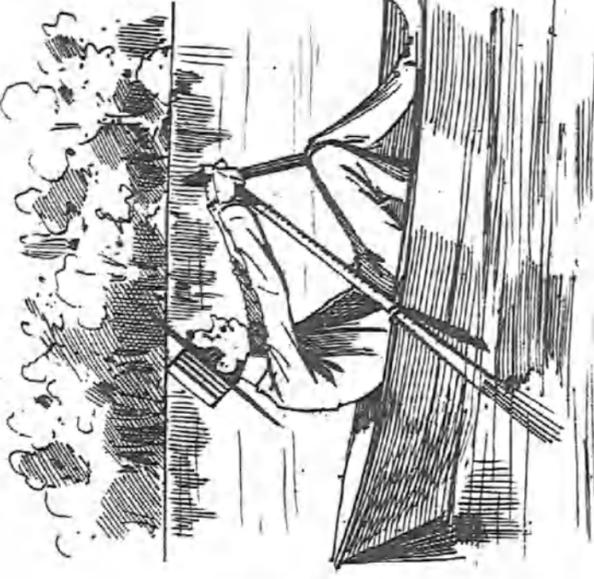
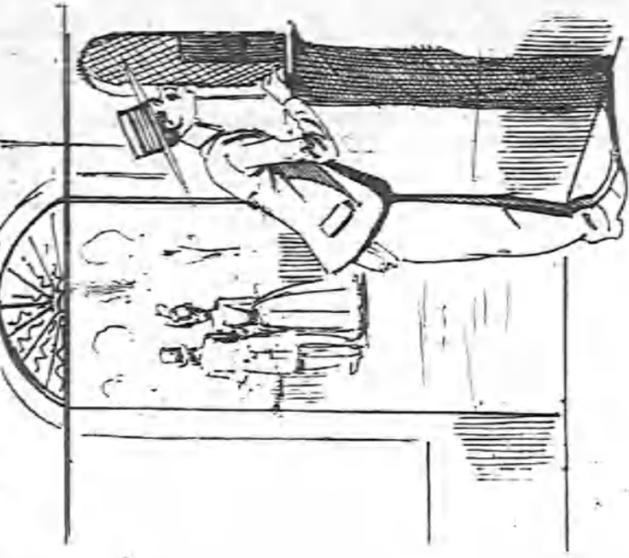
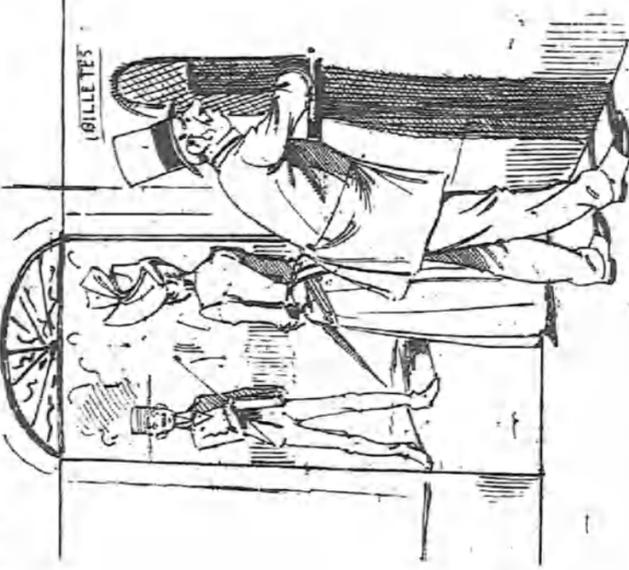
El tipo de la Taboada se borra de la mente tan pronto como se llega á la última página. No interesa porque es fría y vulgar; y cuenta que, á juzgar por los grabados de Cuchy, lo que es buena hembra, lo es. ¡Ya lo creo! Que tomara forma y vida, y ya me guardaría yo de criticarla.

Veamos ahora lo que tiene de bueno, de excelente, *Insolación*. En primer lugar, el estilo. Doña Emilia—lo he dicho muchas veces—*se gasta* una prosa que ya la quisieran para sí muchos literatos barbudos: retine á la armonía de las cláusulas, la corrección, el desenfado, la propiedad de las voces, la sobriedad, la fuerza y el colorido. No es un estilo el suyo mórbido, soñoliento, no en el sentido que produzca sueño, que en ese caso sería soporífero; peca á veces de lamido y arcaico; pero tiene la frescura de las arboledas, á la salida del sol, y los espejismos y fosforescencias de las aguas del mar en una noche de luna.

Doña Emilia no se anda... con diccionarios: en su prosa entran voces y modismos populares y terminachos de los barrios bajos. El capítulo en que describe la romería es un modelo de verdad y de gracia. La gitana que pronostica la buena ventura, está hablando. Y lo digo con pleno conocimiento de causa, porque he tenido oportunidad de oír á esas embaucadoras andaluzas. Leyendo estas pinturas calientes y brillantes, no hay que ir á San Isidro: el detalle más insignificante ha sido anotado é ingerido con naturalidad en la narración.

Insolación es una novela de costumbres que recuerda, por el sabor, las más calificadas obras de este género de la pintoresca musea española.

EL GANSO INOPORTUNO



Hay poca psicología en ella; pero, en cambio, está escrita en irreprochable estilo, y se lee con agrado, cuando no con regocijo.

FRAY CANDIL.

DESPUÉS DEL ESTRENO

La primera tiple.

Diga usted en el periódico mañana que esta noche, al cantar los panaderos, ha sido la ovación tan soberana que me tiraron puños y sombreros.

La madre de la primera tiple.

¿Ven ustedes mi niña? ¡Qué voz tiene!
¡Y qué cuerpo! ¡y qué gracia! ¡y qué modales!
Para el año que viene
no nos quedamos por trescientos reales.

El jefe de la claqué.

Esos *gachós* del seis tenían gana de reventar el vals de los abrazos.
¡Como vuelvan mañana,
tendremos que empezar á garrotazos!

El de las bengalas.

¡Otra revistita en soso,
y llevamos doce ó trece!
Si no es por mí, me parece
que lo que es ésta va al feso.

Un espectador inmoral.

Yo no entiendo de versos ni de prosas,
pero al menos la obra es divertida,
¡porque tiene unas piernas tan hermosas
la que hace de merlaza distinguida!

El que habla á la segunda tiple.

¡Y que no se ha crecido la primera
con ese papelito de esta noche!
¿Tú hacerla más segundas? ¡Va quisieras!
¡Vamos, que si no fuera
porque la paga el empresario el coche!

El pintor.

Esto se ha salvado
por el decorado.

El gracioso.

Porque, después de todo, ¿qué es la pieza?
Pues una colección de escenas frías
y sin pies ni cabeza.
Gracias á que me sobra la destreza
y el público me tiene simpatías.
¡Diga usted que el sombrero que yo saco
y las vueltas carteras con que animo
el papel de dios Baco
al lucero del alba dan el timo!

El empresario.

Los autores serán memos,
pero tengo temporada....

Un revendedor.

Desde mañana, vendemos
á dos pesetas la entrada.

Un tramoyista.

¡Rediós, cuánto belén de bastidores!
Y ni una mala copa de aguardiente....
Me cargan los autores
que escriben pa nosotros mayormente.

Un crítico.

¡Esto es absurdo, inmoral!
El autor es un morral
y el músico es un gatera.
¡El público lo tolera
porque está hecho un animal!

Otro crítico.

Claro que tiene defectos.
Y ¿qué hay sin defectos? Nada;
pero entretiene y agrada....
y tiene chistes correctos.

El músico.

Vaya, que el tal librito es rematado,
pero ¡claro! la música ha gustado
y nos dará muchísimo dinero.
¡Y que me diga luego el más pintado
que es toda de *Crispino* y de *El Barbero*!

La característica.

Mañana debe el autor
quitar lo de sesentona;
porque yo seré jamaona,
pero tanto, ¡no señor!

Una espectadora de quince años.

Tiene bonitas medias la muchacha
que representa el tarro de aguardiente.
¡Yo tengo que aprender esa guaracha,
que dice mi papá que es indecente!

El autor.

Doce veces he salido.
¡Esta pasa de las ciento!
¡Caramba! ¡Tendré talento
sin haberlo conocido!

SINESIO DELGADO.

COQUETERÍAS FÚNEBRES

Hasta la muerte era más seria en otros tiempos. Las gentes mueren ahora con la misma formalidad que ayer, y con la misma que mañana.

Pero se revista el espectáculo fúnebre con más lujo y aparato teatral.

Una agencia para colocaciones de difuntos habría sido inverosímil en años pasados.

Ahora dan ganas de morirse los escaparates de esos establecimientos.

Féretros para personas notables, para capitalistas, para muertos por suscripción nacional; es decir, para muertos cuyos entierros costean los amigos y admiradores del difunto.

Cajitas de sorpresa para niños recién nacidos y recién finados.

Lamparitas, cruces, angelitos de porcelana, desde el tamaño natural hasta nuestros días; digo, hasta las últimas reducciones.

Candelabros, macetas y otros caprichos.

Al pasar junto á uno de esos escaparates con algun amigo ó con la novia, instintivamente se ocurre preguntarles:

—¿Quieres tomar algo?
Por si no era suficiente el adelanto, ya hay figurines con la última moda, si no para morir, para enterrar á los difuntos.

Los agentes de algunas empresas funerales se presentan en la casa mortuoria apenas ha espirado el enfermo.

—Esto es lo último en el ramo—dice el representante, exponiendo los figurines.

—Ya lo creo que es lo último—afirma conmovida al parecer una cuñada ó la madre política del difunto.

—Quiero decir, la última moda.

—Una cosa modesta.

—¿Pero van ustedes á llevarle en una caja de pasas? A mí me es igual, como ustedes conocen, pero lo bueno siempre es bueno.

—¿Y los precios?

—Aquí están por orden alfabético: coche con un caballo.... ídem con dos.... ídem con tres.... Van incluidos en el número los cocheros y lacayos.

—¿Considerados como caballos?

—Exactamente.

—¿Se encargarán ustedes de las esquelas?

—De todo, si ustedes quieren: nosotros nos apoderamos del muerto, y ya no le vuelven ustedes á ver, si no les parece bien. Es la ventaja que tiene esta empresa: cae un besugo, y....

—¿Cómo un besugo?

—Perdonen ustedes, es el nombre técnico que aplicamos en el oficio á los muertos.

—¡Yal!

—Pues bien, cae uno, y la familia se quita de cuidados.

—Es natural.

—Certificación, médico forense, licencia, todo lo tenemos corriente en pocas horas. ¿No ven ustedes que, por mayor, siempre nos hacen alguna gracia?

—Se supone.

Convenidos empresa y parientes, y adoptado el modelo que más gusta, proceden los operarios á la colocación de los aparatos fúnebres.

No falta criada que observe:

—¿Qué velitas tan delgadas traen ustedes!

—¿Quería usted que trajéramos cirios pascuales?

—Eso no va á durar....

—Hay luz hasta que usted caiga.

—No olviden ustedes poner en las esquelas que «se suplica el coche.»

—¡Ya, ya!

—Y que el duelo se despiden en el cementerio.»

—Está todo; y que «no se reparten esquelas.»

—¡Hombre! ¿En las mismas esquelas?

—Sí, señora, es la costumbre: como se advierte en los carteles de algunos teatros que «quedan suprimidas las entradas de favor.»

Pero es lo que me decía un representante de una de esas casas:

—Ahora da gusto morir, porque sabe el muerto que nada le ha de faltar.

EDUARDO DE PALACIO.

¡MISERIAS!

Limpia el alma y con sed de oro,
aunque ahita de esperanzas;
lleno el cuerpo de jirones
y de harapos y de manchas;
con la tristeza en los labios
(sarcasmo de las entrañas,
que impiden que salga al rostro
el placer con que se arrastran),
dan honor a quien las pisa,
si le piden cuando pasa,
y entre sus dedos se pierden
perlas al fraude ganadas.

Limosna que al vicio el vicio
para otros vicios demanda,
y es a la pobreza insulto
y es en la riqueza farsa.

Vestida el alma de andrajos
que injusto el vicio desgarró;

vendiendo torpes caricias
que no encubren su desgracia,
y adornando sus despojos
con despojos de otras galas
que soberbias despreciaron
las que entre alfombras se arrastran;
temiendo al servil que pega
y en pos del señor que paga,
viven, y si es caso beben,
gustan, y si es caso gastan.
Que entre el vino y el jaleo
las decoraciones cambian,
y ellas pagan si ellos pagan,
y ellos pagan si ellas pagan.

Y unas y otras se divierten,
y se escupen y degradan
con las piltrafas del cuerpo
y los pingajos del alma.

RAMÓN CABAÑERO.

CUADRO TERCERO

(FANTASÍA DEL AUTOR)

(En el cenit la luna se detiene
para alumbrar las sombras de la vega,
reflejarse en el río
y platicar el agua que se quiebra.

La débil luz y la apretada sombra
se juntan más allá de la ribera,
dibujando contornos muy confusos
de hojas y ramas, troncos y maleza.

Más lejos se levantan desiguales
los picos de la sierra,
que limita el espacio, azul y limpio,
perfilando las líneas de su cresta.)

El coro de señoras, empolvadas
náyades representa,
con bota azul y gasas vaporosas
y... lo menos vestidas que se pueda.

Al preludiar el tango,
avanzó hacia la concha una de ellas,
y con mucha pimentita luego canta
lo que dice la letra.

(MÚSICA)

Un gnomo que andaba buscando
su sílfide amada,
en el cáliz la halló de una rosa
muy acurrucada.
Mas no se fijó...

—¿En qué?

En que, mientras entraba en la rosa,
de la rosa otro gnomo salió.

Y ella, abrazándole,

falsa decía:

¡Por qué tanto tardabas, chachito!

¡Ay!

¡Qué pena tenía!

(COMENTARIO)

Con esta decoración
y un tango muy sandunguero,
es segura la ovación
al fin del cuadro tercero.

CAYETANO TRIVIÑO.



Según parece, de Guadix se han fugado en una semana veintitrés niñas
recientes.

Y se sospecha que las veintitrés han ido a reunirse con sus novios.
Pues señor, ¡coro de fugadas! Y luego lo pone usted en una zarzuela y
dicen que es inverosímil.

Por supuesto que, si han sido veintitrés efectivamente, se hubiera aca-
bado más pronto diciendo cuántas muchachas de Guadix se habían que-
dado en sus casas.

Pues vives, amigo Lusa,
del jornal de tu mitad,
cuando se muera tu esposa,
¿vas a tener viudedad?

JOSÉ DANUEZA.

De la cárcel de Játiva se han fugado catorce presos.
¿Catorce? Pero ¿había catorce presos todavía?

Una verbena se viene,
otra verbena se va...
¿Serán tontos los que piden
pasajes para Ultramar?

—No hay amigo mejor que uno mismo—
decía Ramón;
pero un duro buscaba ayer tarde,
y ni él se le dió!

J. RODAO.

El anuncio eterno:
«¡Labirintos con ó sin.»
Que ahora no puede significar más que una cosa.
Con ó sin chinchas.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Doña Retama.—Pues me parece,
señora mía,
sobrado escéptica
la poesía.

Atar Gull.—Mire usted, no deja de tener gracia el asunto; pero desgra-
ciadamente versifica usted con poca soltura, así como arrastrando con
trabajo las frases.

K. Ch.—Véome obligado a decir a usted exactamente lo mismo, sin
quitar ni poner una sílaba.

Un hañista.—Mucho se debe usted aburrir, cuando se entretiene en es-
cribir tonterías.

Siperipette.—El cuentecito no está bien arreglado. ¿De dónde ha to-
mado usted el pseudónimo? ¿De Montepin?

K. Ba.—Todo se vuelve ripios, asonancias, versos cortos, largos... en
fin, una calamidad. Puede usted quitarse los galones.

Sr. D. L. C.—Madrid.—No, señor; no sirve tampoco. Y bueno será
advertirle que el verso «siente mi alma dulce placer sin tasa» es más lar-
go de lo regular, y lo de la tasa es un ripio. ¡Ay! ¡Si fuera solo!

Sr. D. F. T. de L.—La anécdota, que todo el mundo conoce, es boni-
ta; pero la ha echado usted a perder, *cuñare*.

Un cómico.—Que no! Que la forma no es mala, que lo que hay es que
tú confundes la formalidad que tiene algo dentro con la que no dice más
que frases huecas. Más claro: se puede hacer llorar con el estilo festivo;
pero a nadie le importa ya ese género de poesía retumbante y huero. No
dirás chora que no me explico.

Sr. D. L. R. y G. A.—Eso es en absoluto imposible. Ni los redactores
son capaces de semejantes *chanchullos*, ni la Dirección pasaría por ellos,
conociéndolos se entiende.

Mamónino.—Esa especie de letrillas cayó en el olvido para no le-
vantarse más.

Nicomides.—Mala idea ha formado usted del periódico, cuando piensa
que se iba a publicar inmediatamente. ¡Un demonio se publicará!

Un sastre.—Yo no la ofrezco doblones
no los tengo, mas sí un amor
casto, puro, verdadero y
grande cual su corazón.

Ya comprende usted que para muestra basta un botón, y... que eso
está mal hilvanado.

Mi God.—¿Sabe usted que es algoroso
El carpintero amoroso?

Sr. D. A. P. R.—Madrid.—Sí, pues dígaselo usted a él, que cree que
hace un favor además. Hasta que el día menos pensado las pague todas
junias.

Capacho.—Prepárese usted para una noticia desagradable. ¡Ha perdido
usted las 25 pesetas!

Doña Niña.—Hombre, no tanto...

Casabito.—Conozco la letra, Sirva. Pero júreme usted antes que eso
no se ha publicado ya; porque me suena un poco, ¿sabe usted?

Trompetilla.—Es usted la más inocente de las cogujadas!

Sr. D. S. C.—Valladolid.—Almagro, 30; pero adviértole a usted que se
le entregó la carta.

Tres renacuajos.—Más vale que se vuelvan ustedes a la charca. Y se
lleven ustedes a Un fraile, que es tan renacuajo como el que más.

A. B. C. Dario.—¿Sabe usted lo que tiene? Pues mucha vulgaridad.

EL COLMO DE LA BROMA



—¡Hola! Mi mujer con Lesmes.... ¡No me voy á reir poco en casa cuando ella no acierte quién me lo ha dicho!

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERARIOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Estranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ A CUATRO

COMPANIA COLONIAL

PREMIADA EN LA EXPOSICIÓN DE BARCELONA
CON

CUATRO MEDALLAS DE ORO

CHOCOLATES.—CAFÉS MOLIDOS
TAPIOCA.—BOMBONES

DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20

EUCURSAL: MONTERA, 8

MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SIBERIO DELGADO

DIBUJOS DE CILLA
FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 3 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—*Encuadernado en tela.*—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.